


X


 RA Chencho de la partida, y, por serlo, Nicho no faltaría; así fue verdad: al principio Nicho sintió escrúpulos de correr la escuela yéndose por esos andurriales en alborotada huelga con la compañía de escolares que andaban siempre metidos en tales parrandas; á mayor abundamiento, sabía que Doña Mónica, aunque le mimaba y complacía, en viéndose engañada castigaba con dureza, y á la hora del castigo no la ablandaban promesas de enmienda ni imploraciones de perdón, porque la mano de la lavandera se descargaba firme y repetida sobre de las espaldas y las posaderas del dilincuente; todas estas reflexiones contenía á Nicho en su propósito; pero Chencho, al verle indeciso, le

habló de tal suerte y con tan sabrosa y entusiasta parla de las aventuras y delicias que se hallan en estas escapatorias por cañaverales, bosques y rancherías, que se dejó seducir del travieso compañero, y allá se fueron desviándose de calles céntricas y esquivando encuentros con gente conocida, hasta que dieron con sus personas en el puente «García,» que fué dar en escondite seguro y en camino derecho para la finca, norte y fin de la ruidosa fuga.

Chencho—acostumbrado á estas correrías—llevaba bien apañado, en un envoltorio dentro del seno de la camisa, una rueda de pescado frito, hurtada de salida al fogón de la vecina, y un segmento de tortilla, cercenado al parco almuerzo; «Pepe Palitos» —que formaba parte de la pandilla con «Luis Catorce» —para aumento de provisiones se había comprado en el tendajo del barrio, desde muy temprano, chiles encurtidos y un rollizo pan francés demasías que ocul-

taba en el fondo del sombrero, á modo de que no las oliera el golosazo de Chenchó, para vengarse, en parte, de la burla de las pasas; á «Palitos» se le hizo agua la boca con pensar en las sardinas en aceite, tan apetitosas en estas meriendas al aire libre; pero sus recursos, obtenidos con la artimaña de la sisa, no daban, ni con mucho, para tanto, y conformóse con los encurtidos y el pan francés.

Nicho, en un pedazo de papel de estraza, traía un cacho de panela que logró arrancar de dos dentelladas al trigueno piloncillo, en camino de la tienda á su casa, cuando lo traía del mandado; «Luis Catorce» no aportaba nada al común acopio, porque á última hora se contó con él; sin embargo, con su presencia se aumentaría el número y tocarían á menos en cualquier percance ó desaguizado que les ocurriera en la trastada.

El sol resplandecía en el cenit desapareciendo, ardiente, sus caniculares rayos sobre las cabezas de los rapaces, quie-

nes hubieron de buscar resguardo contra ellos debajo del arco del puente «García» en el cual, á causa de que el río «Chiquito» estaba casi seco de agua, había dos enjutas orillas, que vinieron como anillo al dedo para tomarlas por muy acomodado asiento.

Chenchó, que no tenía punto de reposo en esto de comer con ansia y sin medida, propuso sacar la colación y darle la primera dentelleada; mas como eran suficientemente conocidas de sus compañeros tan insaciables tragaderas (y aún cuando no lo fueran, allí estaba presente «Palitos» para dar fe de ellas) todos á una se negaron complacer la glotonería de Chenchó, y acordaron que más adelante se regalarían con gana y se colmarían con hartura de lo que para aquellos paladares, poco delicados, resultaba un variado y succulento almuerzo, con lo que tuvo que cerrarse de pico el comilón de Chenchó; pero no conforme con el fallo que lo condenaba á pasajera abstinencia.

cia, se valió de sus mañas; comenzó por desabotonarse la camisa quejándose del sofocante calor que había; después metióse la mano en el seno, y allí manoseaba la tortilla y á pellizcos le iba arrancando pedacitos que á hurto se comía muy golosamente; en esto, «Pepe Palitos,» que se quitó el sombrero y traía el envoltorio de chiles entre las manos, para que no le dieran en el olfato á Chencho, se paró de un brinco y lanzó gritos y más gritos de igual suerte que si le hubieren picado las avispas; se restregaba los ojos llorosos y se soplaba los dedos, y tornaba á gimotear y á maldecir y á darse á patetas; nadie sospechaba de qué provenían los desafortados gritos, las tiernas lamentaciones y los repetidos brincos.

— «¿Qué te ha pasáo?» — preguntóle Nicho.

— «¡Náa! . . . ¡Qué me anduve en los ojos y el maldecío vinagre de los encurtíos, que ejtá que jarde, se me ha metío entro y me quema que é una barbaridá!»

Nicho tomó su sombrero, por temor que al de Palitos le quedara resto del picante, y en él cogió agua del río, con la que dió un lavatorio de ojos, ayudado de «Luis Catorce,» al quejumbroso «Palitos;» aprovechó Chencho esta incidencia para pillar los chiles y darles á bulto un voraz y largo mordisco, dejándolos luego en donde los tomara. . . .

Debilitado el ardor de los ojos de Palitos, y satisfecha un tanto el hambre canina de Chencho, salieron del arco del puente, y anduvieron camino adelante.

A la izquierda de estos rapacejos se extendía un escampado, por donde terminaba el caserío y daba principio el campo, de orilla á orilla surcado por la ensanchada carretera; al escampado lo rodeaba una fuerte cerca, dentro de la cual, aquí y allá, andaban las gallinas del esquelético rancho de palmas, oculto en un breñal, á caza de los gusanillos que rastreaban dentro de los yerbazales, y unos lechones, gruñentes de hocico y enloda-

dos de panza y patas, hozaban en el mismo lugar que habían escarbado las gallinas sin encontrar abundante y ansiada pítanza; en el término del escampado, se erguían algunos cocoteros y se ufanaba con su arrogante ramaje un vetusto *apompo*, á cuya sombra, lejos de la yunta, despatarrábase ociosa carreta; y de allí hacia el río, en espaciosos culebreos se dilataba polvorienta vereda hasta dar en el ribazo vecino; colgadas de firmes postes y formando rectángulos sucesivos, se secaban al sol multitud de redes, y entre sus espesas mallas se vislumbraba el correr del «Papaloapan.»

La entrada al camino real se presentaba seca y polvorosa, porque las estacas de las cercas no echaban renuevos, sino que se cubrían con traje de verdes y vistosas trepadoras, las cuales, no obstante su frondosidad selvática, no podían dar sombra en toda la extensión del camino, tan desigual, que no se andaban veinte pasos sin que tuviera el viandante que

subir una loma y bajar de ella para caer en barriales y salir por camellones; así, sin sombras, el lodo se secaba y la tierra quedaba como cernida por el batir de pies andariegos, el trotar de caballerías presurosas y el rodar de trepidantes carretas; de vera á vera se suceden en-trincadas y revueltas sendas que indican el tránsito de los que van á pie; por el medio, los surcos en el lodo anuncian el paso diario de los vehículos; queda otro espacio al margen de las laderas de los terraplenes y de los camellones, por el que se estampan baches que dejan las caballerías en sus frecuentes atascaderos; los de la escapatoria instintivamente buscaban la sombra para venir á atollarse en el tremedal que, debajo de las protectoras ramas, impedían el paso enjuto y la carrera abierta por mantenerse blando, aparte de las charcas y pantanos abundantes de corrompidas y verdinas aguas.

El paso que llevaban era muy diver-

tido: expeditos por la amplitud de la vereda marchaban de dos en fondo los cuatro rapaces, con ojos atentos, oídos aguzados y piernas dispuestas á una carrera tendida en caso obligado; al bajar de una que otra loma para meterse en tierra fofa y andar á pie vacilante, tenían que ir uno tras de otro, agarrándose de los alambres de las cercas y de las esparcidas ramas que les salían al encuentro, para no caer de bruces en el lodo; en estos peligros, el empujón de alguno de ellos hacia hundirse hasta el tobillo al que había sido víctima de la chanza; pasado un largo trecho, escueto y soleado, parece que el camino se estrecha por la bóveda del follaje que tejen los corpulentos árboles al extender sus lozanas ramazones sobre las onduladas veredas, secas y tapizadas de grama; al pie de estos gigantes árboles, las parásitas y las enredaderas cubren de tules de esmeráldicos tonos y encendidos matices los vallados, y, para mayor y más enérgica defensa

de huertas y pegujalejos, el *cardón*, de hojas largas, puntiagudas y rojizas como sangrientas espadas, se eriza al ras de los arbustos para contener la avilantez de los cerdos que suelen andar por allí husmeando raíces y bellotas para complemento del escamocho que comieron en el rancho cercano; la sombra dilatada de los añejos y levantados árboles permitía prosperar las yerbas rastreras como la *berengenilla* y el *quiebra platos*, que medran en la humedad, y no se ahilan, dejando entre su frondosidad montuna crecer y espigar al *chocho*, con sus flores rojas y diminutas y sus frutos redondos y pequeños que parecen cuentas de coral prendidas en las ramas para tomar el sol y provocar la codicia de los trashumantes muchachos; un poco más arriba asoman, de trecho en trecho, por el ramaje tupido de los *amates* y *cocuites*, las hojas lustrosas y sonantes de los platanares que expanden al aire sus verdes racimos; en una quiebra del camino se levanta un

gallardo y poblado roble, dando extendido y plácido sombrajo que convidaba á tumbarse sobre el menudo y mullido césped: aquí hicieron alto los rapaces, que corrían unas veces, tomaban huelgo otras para continuar la carrera cuando el terreno era plano, que en el quebrado, todo se volvía dar saltos y trompicones, en este correr con miedo y con violencia, conteníanse al avistar algún jinete, por temor que conociera que andaban fugados de la escuela; ya en quietud y con un algo de sosiego, se sentaron en rueda, y Chencho, que así tomaba la delantera en acciones como en palabras y ademanes, fué el primero que puso en el suelo, en ninguna ocasión más á propósito para servir de manteles, la amenguada y pobre rueda de pescado y el no menos miserable pellizcado pedazo de tortilla, con lo cual daba ejemplo de liberalidad muy cumplida y venia y anuncio de que comenzaría la merienda: «Palitos» sacó entonces de los bolsillos los

encurtidos y el pan francés, tan venido á menos, que estaba para mendrugo; y allí fué del comer con apetito, cosa que, por ser escasa, en vez de saciarlo más lo provocaba; con todo ello, las mandíbulas se apresuraban á masticar para que el tragantón de Chencho no se remontara y diera fin antes de hora á las pocas provisiones; y aunque todos se daban prisa por engullir los bocados, Chencho les sacaba ventaja, puesto que un bocado de los suyos equivalía á todos los de aquellas famélicas bocas juntas. Nicho no se hizo del rogar y comió también con gula, que en esa edad se está á diente en todo tiempo y siempre es bueno el pan duro por el hambre abierta. Con los encurtidos los dejó atrás á las primeras mordidas el tragaldabas de Chencho; pues su gahnate, hecho á soportar lo frío y lo caliente, lo ácido y lo dulce, lo soso y lo salado, resistía el resquemado de los chiles, cuando sus camaradas babeaban y lloraban por lo subido del picante; para

mitigar el ardor de las lenguas, la panca de Nicho anduvo de boca en boca; con lo que se pasó el sofoco; entonces Chencho, para remate de aquel regocijado honorio, sacó de sus bolsillos, repletos invariablemente de todo género de sucias y manoseadas menudencias, una cajetilla de cigarros de «El Moro Muza;» brindó de ellos á sus compañeros, que no aceptaron por no estar iniciados en las delicias del tabaco, que así trae distracciones que ahuyentan las penas, como enfermedades del estómago que apresuran la dispepsia; encendió uno con mucha parsimonia en la flama azulosa y trémula de un asfixiante fósforo huatusqueño; se tumbó boca arriba sobre la blanda alfombra; cruzó la pierna, y allí se quedó en posición supina echando humo y más humo por boca y narices; los otros imitaron al perezoso de Chencho, y quien por un lado, quien por el otro, se echaron de bruces en la grama; allá á distancia, por el claro que dejaban las vertici-

ladas estacas de las vallas, que á lo lejos semejaban copas de enana y fantástica arboleda, se veían las estivadas con montones de brozas y rastrojos que esperaban la quema para convertirse en prósperos y amenos verdugales; y contigua á ellas, se ensanchaba una vega por donde venía un jinete arreando á las vacas, que pausadas, majestuosas y ahiladas entraban al espacioso corral; al lado opuesto, se veía una parte del «Papaloapan,» con tan brillantes cabrilleos, que simulaban pedrería puesta al sol para ofuscar la vista de los muchachos que tenían en él fijos y deslumbrados los ojos. . . .

Después de haber terminado Chencho con el pitillo probó la manera de amenizar el rato de descanso con ensartar parletas, despuntar chascarrillos é inventar cuentos, los cuales un tanto sacaron la risa de los labios de sus oyentes, que concluyeron en quedarse dormidos, por el sopor del bochorno reinan-

te, con bocas de á palmo y ronquidos prolongados; durmieron un buen rato en un sueño ligero, que el sueño pesado se hizo para las conciencias tranquilas; por los tales, por mucho que gozaran con holganza, en cada bulto que se avecinaba creían ver algún enviado que venía con intenciones de atraparlos y llevarlos por grado ó por fuerza, á la escuela á sufrir el merecido castigo. . . .

Sopló, al cabo, la fresca brisa; el bosque que quieto y callado despertóse con los vagabundos á las primeras ráfagas; follaje todo se estremece, cruje, tremepita y susurra; las ramas se rozan unas con otras, se doblan, se yerguen, se sacuden, se dilatan, oscilan, cabecean, batien las hojas renacientes y arrojan inútil y vieja hojarasca; las palmeras gollardean sus temblonas grenchas de gaciles y airosos penachos; el zacate espigado de las vegas y potreros ondula en inflexiones de mansas ondas que se rizan por la dilatada llanura que el sol quemaba

Chencho se despereza; Nicho bosteza; «Luis Catorce» se restira de piernas, y «Pepe Palitos» corre tras el sombrero que una fugada arrastra, eleva, resurte, arremolina y apabulla en un saltar y trompicar burlón y obstinado. . . .

«¡A la finca!» — exclama con alborozo el jefe de la jornada.

Y todos se ponen en pie, y siguen á «Palitos» que á la postre acertó á dar con el sombrero que había detenido su alternativa carrera en el alambre de una cerca; á poco andar, se abrían las rechonchas *palmás redondas* de abanicadas hojas y de estipes escamosos, ásperos y cenicientos. Al verlas, anunció Chencho:

«¡Ya vamo llegando!»

En el salto de un dado estuvieron en *la galera*;* en una monda plazoleta se diseminaban los tendidos de crudos ladrillos que secándose al sol contrastaban furiosamente con los pillotes* de material cocido, cubiertos en su altura con tejas también pasadas por el fuego que

las puso rojas y quebradizas; en la parte opuesta de la galera, y frente por frente se remansa el líquido cristal de una poza, que difunde esa claridad tersa del agua estancada y muerta; los muchachos, no pudiendo beber agua del río, porque estaba salada, ni de la poza, porque estaba turbia, pidiéronla á un trabajador de la galera que se las trajo tan fresca y abundante, que dieron largos y buenos tragos con los que apagaron la sed que ya les sofocaba la garganta; siguieron adelante; antes de dar con la puerta de golpe,* entrada á la finca de «La Candelaria,» se levantaban casas espaciadas, y de allí para arriba, se alegraba la vista con el rojo subido y el color borracho de los rientes tulipanes; al otro lado, un corral esperaba á las vacas para la ordeña, cosa que sucedería á eso de la madrugada.

Los traviosos andariegos traspasaron la puerta de golpe; «Palitos» y «Luis Cartorce» se treparon por los barrotos para

ganar más presto la entrada; Nicho, que era una espina de puro flaco, se coló por el vano de las crucetas como la hebra en el ojo de la aguja, y Chenchó, remolón y taimado, se metió por derecho en la puerta sin dársele un ardite el apresuramiento de sus camaradas; pues sabía que sin su consejo no moverían pie ni mano para internarse en los cañaverales, que se apretaban á la vera del camino con su verde glauco y sus dobladas y sonantes hojas, por sobre las cuales se enriscan las panojas de espiguillas germinadas, plumosas, ostentando en cada vavén el más rico y poblado airón que pueda contemplarse.

A ambos lados de la puerta de golpe, se alinean dos viejos robles, de tronco recto pero desprovistos de ramas, remozados por las coquetas trepadoras que se les suben, entrelazándoseles, por las rugosas cortezas, para irse á la copa en zarcillos, hojas y campanillas, y en llegando á la primera rama, se alargan, se

abrazan, se ensortijan, se confunden, cual sarmientos de tirsos nuevos y pámpanos frescos de testas viejas de saturninos borrachos, formando un tupido tapiz de verdor rústico y lujurante.

Chencho, con mucho misterio dijo á sus amigos:

«Naiden á de dir á cá del dueño de la finca; cogemo por dentro de lo cañale. . . .»

—«¿Y sí noj perdemo?»

—¡Cómo si juera la primera vé que yo me zampo en un cañal!—objetó con arrogancia Chencho á la consideración de «Palitos,» y siguió diciendo:

«Conque cogemo por aquí. . . ¡vengan! . . . Damo un rodeo por dentro y salimos dempué al camino rial con cañas y flechas* jasta llegar á cortar mango á cá de los Salomone. . . .»

—Güeno! Y si nos cogen dentro del cañal? . . .

—«¡Qué bruto ere, Palito!»

—Tú me diráj tóo lo que quiera; pero

he oío decir que allá entro salen unos negrote y lo agarran á uno y le dan mucho palo y . . .

—Esa son patriaña del máistro pa que no noj úigamo de la ejcuela. . . ¡Vengan y no tengan miedo! . . .»

Y se aventuraron entre el cañal que abría al soplo de la brisa sus flores espesas y alternadas de espiguillas grises, movibles, ligeras y finas como plumas. . .

Aquellos granujillas internados en los plantíos hacían más destrozos que las perseguidas tusas; así de destructora era su saña de cortar á manos desatentadas todo lo que encontraban á su paso, sin distinguir de sazón, de tamaño ni de provecho; que muchas veces no utilizaban el corte, sino que lo dejaban por inútil con perjuicio del amo de los cañaverales; andaban en estas diabluras cuando Nicho, que tenía fino oído, oyó el chirriar de una carreta, de las muchas que entran por callejones abiertos entre los sem-

brados á traer la caña cortada para el trapiche.

«¡Cállense!» — dijo alarmado á sus compañeros que charlaban hasta por los codos — «¡Ai viene una carreta!»

Todos se quedaron suspensos y escucharon el lúdir de las ruedas que estridentes gruñían; dejaron la calle en que estaban y se internaron en la espesura; «Pepe Palitos» se echó de brúces entre las matas; Chencho se agazapó cubriéndose con las hojas; y Nichó, como era muy menudo, se puso detrás de Chencho; «Luis Catorce», que andaba sin saber dónde huir el bulto, se ocultó como pudo y en lugar que cupo; de allí á poco, pasó la carreta cargada de cañas recién cortadas; la yunta que tiraba de ella, era joven, y portal, no obedecía al «¡ó, ó, ó!... ¡ajila!» del conductor que á cada paso la hería con la vejada y la arreaba con el grito de «¡anda, onza de oro!»... «¡camina!... ¡palomo!»... A veces la carreta se disparaba con fuerza á andar

por las heridas que recibía en ancas y lomo la despaciosa pareja, pero se detenía pronto, con lo que volvía el boyero á hincar la puya con furia y á gritar con rabia: «¡oooo!... ¡jala, jala buey!... ¡onza de oro!»... «¡palomo!»...

Andaba la carreta un tanto, y se torcía para intentar meterse entre los cañales; aquí subía de tueste la rabieta del conductor y se desgañitaba echando ternos, maldiciones y juramentos con tan tremendos pinchazos sobre las acribilladas ancas de los bueyes, que se salían á saltos por la vereda derecha.

Ya que pasó la carreta, Chencho contruvo la impaciencia de todos, que se desalaban por llegar á los mangales, diciéndoles: «No sean tontos; si noj echamos trá de la carreta, en doj patáa topamo con ella; y si noj plantamós en el camino, la alcançamo; ejpérense, ejpérense, que toavía hay tiempo pa tóo!»

Oyeron el consejo de Chencho y se quedaron quietos.

A poco esperar—porque aún el mismo Chencho que predicaba paciencia estaba presuroso por dar con los mangos— salieron del cañaveral, y estando en el camino vieron á distancia la inclinada chimenea de «La Candelaria», indicio que les dió cifra para calcular la distancia que los separaba de la finca, afirmado por el gruñido del trapiche que hasta ellos llegaba distintamente; entre paso y carrera de manos á boca dieron con un árbol, que en una llanura se erguía, ceñido en toda la longitud de su tronco por unos estantes* que buscaban en él arri- mo, y que á manera de rústica armadura, en árboles y arbustos de aquella guisa, se le subía muy cerca de la cima, que estaba como ahorcada por duro gorjal, dureza que tenía á la copa tan calva de hojas que inspiraba lástima verla; eran unas estacas que puestas á semejanza de fusiles en pabellón al rededor del tronco, sufrían la intemperie para legrar con el sol y el sereno derecho de husos que

las convertirían en postes para simétrica y bien compartida cerca.

Allá, no muy lejos, los mangales— punto codiciado de los andariegos—levantaban sus altaneras y nutridas ramazones, colmadas de abundantes racimos, por sobre del monte espeso y verdegueante; á ellos encaminó la pandilla sus ya cansados pies.

Los mangos verdosos, con pintas rojas del más rabioso carmín, que frecuentes aguaceros pusieron en punto menos que en sazón, se arracimaban, columpiándose, en oscilaciones lentas.

Chencho, por su nunca saciada gula, quería subir á todos los árboles; pero aunque lo empujaba un gran deseo, muy luego se reducía por no poder trepar su gordiflona humanidad por el roñoso y elevado tronco; la pasividad y falta de empeño de «Palitos» y «Luis Catorce», que eran para poco, les impedían arriesgarse en tales ascensiones; entonces, Nicho, viendo perplejos é indecisos á sus

compañeros, que husmeaban con las narices y se comían con las miradas los tentadores racimos de hermosos mangos, puso á Chencho debajo del encumbrado árbol, se subió sobre los hombros del goloso, que resultaron una muralla para soportarlo; asíóse con mano certera y firme del muñón de una rama de tiempo atrás desmochada; se levantó con los puños, afirmó el pecho en la horquilla más cercana y arriba se fué ágil como ardilla y ligero como pluma; en equilibrios acrobáticos se encaramó hasta las puntas flexibles de las ramas, que se mecían con su peso; pillaba con una mano los copiosos racimos, los sacudía con fuerza y en lluvia repetida caían los mangos al suelo tapizado de hojarascas y rastros para que los de abajo los recogieran con estrepitosa algarabía y formaran con ellos montones en el amplio y fresco sombrero; Chencho, al ver tan abundante acopio, se disparó con dos zapatetas en el aire, y «Pepe Palitos» y «Luis Cator-

ce,» entusiasmados por las demostraciones de júbilo de Chencho, hacían cabriolas y tronaban los dedos y chasqueaban las lenguas para relamerse antes del hartazgo.

Nicho, que en sus muy largos como tristes cautiverios, y en sus solitarios y cortos holgorios del patio de su casa, habíase ejercitado en el guayabo, trepando y bajando en dos braceadas, allí, en aquel árbol corpulento, hacía maravillas de elásticas agilitades y saltos de arrojado salvaje y de ligereza alada; asegurado de pies y manos como un gorila, recorría las ramas en todo su largo; manoseaba los mangos para reconocer su madurez; se bajaba, se subía, se montaba, se suspendía, se columpiaba, sin importarle la flexibilidad peligrosa de las horquillas ni asustarle el tembletear agitado de las ramas... y con estas lindezas de vaivenes y con estas trepidantes sacudidas, se atrevió á llegar á la copa, sonriente y orgulloso de su triunfo sobre la poltronería de

Chencho y la timidez y cobardía de «Palitos» y «Luis Catorce»; y allá arriba, muy arriba, se veía tan diminuto é inquieto como tierna avecilla que saltara de rama en rama en el altísimo árbol buscando animosa el nido.

¡Parece un pájaro!—exclamaba «Palitos.»

¡Sí, es un *pecho amarillo!*—afirmaba «Luis Catorce.»

¡Es un pajarito!—redondeó Chencho.

Y «Pajarito» le llamaron todos sus compañeros; «Pajarito» para proclamar y aplaudir aquella agilidad liviana y aquel arrojo temerario del mísero Nicho; y «Pajarito» se le llamó en la calle, y «Pajarito» le nombraron en la escuela; y por donde quiera que estaba era «Pajarito», y «Pajarito» fué desde entonces y «Pajarito» seguirá llamándose en el curso de esta verídica historia.

Bajó «Pajarito» con la propia y singular presteza con que se trepara; en premio de su aclamada hazaña, que lo le-

vantaba muchos codos arriba de la torpeza de sus condiscípulos, se le concedió escoger los mangos á su regalado gusto; así es que su boca era medida y su voluntad deseo en el reparto, cosa que no aprovechó, y que á Chencho le hubiera dado resquicio para apropiarse lo mejor, con la misma rapiña que cualquier señor de horca y cuchillo, de caldero y pendón, todo por su pecaminosa glotonería.

«Luis Catorce» le envidiaba el triunfo y «Palitos» no lo envidiaba menos; Chencho, que fuera de su gula era bonachón, se le llenaba la boca con elogiar el arrojo de su amigo y se le cansaban los brazos por mucho abrazar al pequeño hijo de la lavandera; muestras muy reales y sencillas del cariño que á «Pajarito» le tenía.

Se hartaron de cañas y de mangos que mondaban con los duros y afilados dientes; aparte de «Palitos», que mellado por estar en la muda de los caninos y de los

incisivos, sólo ejercitaba los restantes como muela de trapiche en aquella desmedida y sosegada hartura.

Chencho se traía tales regüeldos que indicaban, muy á las claras, el atracón que se dió en la rapiña.

Ya estaba el sol en el ocaso, prendido de sanguíneos y aurinos reflejos que enrojecían el terso cristal de los lagunajes de los potreros y la cinta plateada del río, cuando se pensó en el regreso, sin acordarse del colono de flechas* que habían escondido entre unas matas; hasta entonces no se pararon á considerar el monto de la falta cometida, y fué «Palitos» quien dijo:

«Muncho que la hemo gozáo; pero ora falta lo pior. . . ¿Y con qué salimo pá que no noj peguen? . . .»

Todos dieron la llamada por respuesta, para ponerse á pensar en la manera de preparar el embuste que les evitaría el castigo.

«Pajarito,» quizás fuera el que más se

arrepentía de la escapatoria, y aquella pasajera alegría que alborotó un instante su natural y taciturna tristeza de huérfano y desgraciado hijo, tornóse en honda y pertinaz melancolía.

Venían cabizbajos, pensativos, uno detrás de otro por las sendas angostas; esquivando el lodo de los barriales y salvando el agua cenagosa de los pantanos; Chencho, por darse ánimo, silbaba, y «Palitos,» para acompañarlo, canturreaba muy desafinadamente.

La noche se venía encima con su cortejo de sombras y su solemnidad de silencios; el antes vistoso y esplendente paisaje se esfumaba, se perdía en un cendal de sombras macizas y de umbrías calladas; los trabajadores pasaban para sus cabañas con el machete al hombro y pendiente de la cacha el tenate del bastimento, el cual tenate traía por único contenido la esbelta y vacía botella en que se llevó el aguardiente para reanimarse en las duras tareas de labriego.

Los rapaces corrían y tiraban al camino los canutos de caña que eran estorbo para la marcha acelerada; las copas de los árboles se confundían á distancia con la negrura de los cielos, y sólo los troncos se enfilaban y sucedían como dispersos y firmes centinelas del bosque; los trashumantes no querían ojos para ver la pompa del crepúsculo que encendía los cielos y orlaba de nimbos luminosos y diamantinos la cima de los árboles ribereños, pedían soltura para las piernas y talares para los pies, en aquella marcha que anhelaban hacer alígera para llegar presto á poblado.

El cardenal gangueaba en la enramada; la calandria, melodiosa, en una variedad de atiplados tonos, se despedía del sol al borde del oblongo nido que se balanceaba en las escuetas ramas de los *pongolotes*, enflorados de rosas de oro; la agachoná, saltaba aquí y allá, entre las patas de las caballerías que también á trote largo venían á poblado; y las tímidas

avecillas alzaban torpe el vuelo rastreiro cuando Chencho intentaba atraparlas por verlas tan al alcance de sus manos; más lejos se oía el zurrear quejumbroso de la torcaz; los perros canijos y famélicos, salían á ladrarles á los que pasaban por el camino, y tras de los jinetes se lanzaban con aullidos lastimeros y veloces carreras que no poco que les metían miedo á los muchachos.

Se cierra el horizonte en una densa obscuridad; se ennegrece el bosque, centellando á intervalos por el volar de las luciérnegas; las aves llegan en revuelos tardíos á sus habituales dormitorios; en las vegas los toros rebraman á las vacas que se meten en las majadas; los floripondios de humillados cálices blancos exhalan, al beso húmedo de la noche, la suave fragancia de sus nectarios, y las emanaciones silvestres pueblan de aromas el bosque bajo el risueño centilar de las estrellas.

Chencho, al ver la cúpula de la «Capi-

lla,» que blanqueaba en el fondo gris del firmamento, gritó: «¡¡Llegamos!!» con la más regocijada voz que pudo tener en la garganta para expresar el peso que se le quitaba de encima con salir de aquella obscuridad siniestra y pavorosa.

Y corrieron, corrieron hasta tomar la entrada del puente «García,» á tiempo que en las calles comenzaron á encenderse los faroles de trémulos parpadeos, y en el campo, que atrás dejaban, á monodiar su canción nocturna el grillo incesante y fatídico. . . .



fué aquel día el último de exámenes en la escuela de Don Facundo; pasaron los actos escolares, monótonos y fastidiosos, en los cua-

les la memoria de los chicos hizo prodigios con beneplácito del maestro, que no cabía en la ropa de puro gozo, y con satisfacción y contento de los muchachos, que recibían en premio de sus afanes, cuando una peseta de uno que otro sindal desprendido y bonazo; cuando una felicitación declamatoria del Alcalde; cuando unas palmaditas en los carrillos por parte del Regidor; que con tal caricia gatuna daba á entender, ya que no se podía expresar con palabras, que con el tiempo sería un sabio; este ó aquel alumno.